ASES EN LO ALTO

WILD CARDS II

Editado por

George R. R. Martin

Propiedad de Scyla Editores

timunmas

1979

Propiedad de Scyla Editores

Peniques desde el infierno

por Lewis Shiner

Propiedad de Scyla Editores

Había, tal vez, una docena. Fortunato no podía decirlo con exactitud porque seguían moviéndose, tratando de rodearle por detrás. Dos o tres tenían cuchillos y el resto tacos de billar recortados, antenas de coche o cualquier cosa que pudiera hacer daño. Era difícil distinguirles: tejanos, chaqueta de cuero negro y pelo largo engominado hacia atrás. Al menos tres de ellos encajaban con la vaga descripción que le había dado Chrysalis.

—Busco a alguien llamado Gizmo —dijo Fortunato. Querían alejarle del puente pero de momento no querían atacarle físicamente. A su izquierda, el camino adoquinado subía por la colina hasta los Cloisters. El parque estaba vacío por completo, hacía dos semanas que estaba vacío: desde que las bandas callejeras se habían instalado en él.

—Eh, Gizmo —dijo uno de ellos—. ¿Algo que decirle a este tío?

Aquel de los labios finos y los ojos inyectados en sangre. Fortunato miró fijamente a los ojos del chico que estaba más cerca.

—Lárgate —dijo Fortunato. El muchacho retrocedió, inseguro. Fortunato miró al siguiente—. Tú también. Largo de aquí. —Éste era más débil; dio media vuelta y huyó.

Eso fue todo lo que le dio tiempo de hacer, pues un palo de billar iba directo a su cabeza. Fortunato ralentizó el tiempo, cogió el palo y lo usó para desviar el cuchillo más cercano. Inspiró y todo volvió a acelerarse.

Empezaron a ponerse nerviosos. «Marchaos», dijo; huyeron tres más, incluido el que se llamaba Gizmo, quien aceleró cuesta abajo, hacia la entrada de la calle 193. Fortunato lanzó el palo de billar para bloquear otro navajazo y corrió tras él.

Iniciaron una carrera colina abajo. Fortunato estaba empezando a cansarse y soltó una descarga de energía que le levantó del camino y le hizo volar por los aires. El chico cayó por debajo de él de cabeza, rodando; algo le crujió en la espina dorsal y ambas piernas se estremecieron a la vez. Murió.

—Dios —dijo Fortunato recuperando el aliento y quitándose las hojas muertas de octubre de la ropa. La policía había doblado el número de patrullas alrededor del parque pero temía entrar. Ya lo había intentado una vez y había perdido a dos hombres tratando de ahuyentar a los chicos; al día siguiente los chavales ya habían vuelto. Pero había policías vigilando y por algo así estarían dispuestos a irrumpir y recoger un cadáver.

Vació los bolsillos del muchacho y allí estaba: una moneda de cobre del tamaño de una pieza de cincuenta centavos y roja como la sangre seca. Durante diez años había hecho que Chrysalis y otros pocos las buscaran y la noche anterior ella había visto cómo se le caía una al chico en el Palacio de Cristal.

No llevaba cartera ni nada más que tuviera algún significado. Fortunato se agenció la moneda y corrió a la entrada del metro.

♣

—Sí, la recuerdo —dijo Hiram cogiendo la moneda con una punta de su servilleta—. Ha pasado mucho tiempo.

—Era 1969 —dijo Fortunato—. Hace diez años.

Hiram asintió y se aclaró la garganta. Fortunato no necesitaba tener poderes para saber que aquel hombre orondo se sentía incómodo. La camisa negra abierta y la chaqueta de cuero de Fortunato no se ajustaban demasiado a las normas de etiqueta de aquel lugar. El Aces High contemplaba la ciudad desde el mirador del Empire State Building y sus precios eran tan elevados como las vistas.

También estaba el hecho de que había traído a su última adquisición, una mujer de cabello rubio oscuro llamada Caroline que cobraba quinientos por noche. Era menuda, no muy delicada, con un rostro infantil y un cuerpo que invitaban a la especulación. Llevaba vaqueros ceñidos y una blusa de seda rosa con un par de botones desabrochados de más. Cada vez que se movía, Hiram también. Parecía disfrutar haciendo sudar al hombre.

—El caso es que no es la moneda que te enseñé la última vez. Es otra.

—Increíble. Cuesta creer que puedas cruzarte con dos de éstas en tan buena condición.

—Opino que podrías decirlo con un poco más de contundencia. Esta moneda proviene de un chico de una de las bandas que ha estado destrozando los Cloisters, la llevaba suelta en el bolsillo; la primera provenía de otro que jugaba con lo oculto.

Propiedad de Scyla Editores

Aún le costaba hablar de ello. El chico había asesinado a tres de las geishas de Fortunato; las había descuartizado en un pentagrama por alguna razón retorcida que ni siquiera podía llegar a imaginar. Él había seguido adelante con su vida, adiestrando a sus mujeres y aprendiendo sobre el poder tántrico que el virus wild card le había dado, pero, por lo demás, se lo había guardado para él.

Y cuando le embargaba la desazón, pasaba un día o una semana siguiendo uno de los cabos sueltos que el asesino había dejado atrás: la moneda; la última palabra que había dicho, «Tiamat»; las energías residuales de algo más que había estado presente en el *loft* del chico muerto, una presencia cuya pista nunca había sido capaz de seguir.

—Insinúas que tienen algo sobrenatural —dijo Hiram. Sus ojos se volvieron hacia Caroline, quien se estiraba lánguidamente en su silla.

—Sólo quiero que le eches otro vistazo.

—Bien —dijo Hiram. A su alrededor, la multitud que estaba almorzando hacía pequeños ruidos con los tenedores y los vasos y hablaba tan quedamente que sonaba como si fuera una corriente de agua distante—. Como estoy seguro de haber dicho ya antes, parece ser un penique americano acuñado en 1794 sellado con un troquel hecho a mano. Podría haber sido robado de un museo, de una numismática o de un particular… —Su voz se fue apagando—. Mmmm. Mira esto.

Le tendió la moneda e hizo una seña con un meñique regordete, sin apenas tocar la superficie.

—¿Ves la parte inferior de esta guirnalda, aquí? Debería ser un lazo. Pero, en cambio, es algo un tanto deforme y espantoso.

Fortunato contempló fijamente la moneda y durante medio segundo sintió como si se estuviera cayendo. Las hojas de la guirnalda se habían convertido en tentáculos, los extremos de la cinta se abrían como un pico y los bucles del lazo se habían convertido en carne informe, llena de demasiados ojos. Fortunato lo había visto antes, en un libro sobre mitología sumeria. En la leyenda que había en la parte inferior se leía «Tiamat».

—¿Estás bien? —preguntó Caroline.

—Lo estaré. Sigue —le dijo a Hiram.

—Mi instinto me dice que se trata de una falsificación. Pero ¿quién falsificaría peniques? ¿Y por qué no se ha preocupado de envejecerlos al menos un poco? Parece que los hubieran fabricado ayer.

—No es el caso, si es que eso importa. Las auras de ambos muestran mucho uso. Diría que tienen al menos cien años, es probable que estén más cerca de los doscientos.

Hiram unió las yemas de sus dedos.

—Lo único que puedo hacer es remitirte a alguien que podría ser de más ayuda. Se llama Eileen Carter. Dirige un pequeño museo en Long Island.

Propiedad de Sexia Editores

Solíamos, ehm, escribirnos. Numismática, ya sabes. Ha publicado un par de libros sobre historia oculta, sucesos locales. —Le apuntó la dirección en una pequeña libreta y arrancó la página.

Fortunato cogió el papel y se levantó.

—Te lo agradezco.

—Escucha, ¿crees que…? —Se lamió los labios—. ¿Crees que para una persona normal sería seguro tener uno de estos?

—¿Como, digamos, un coleccionista? —preguntó Caroline.

Hiram bajó la vista.

—Cuando hayáis acabado con ellos. Os pagaría.

—Cuando todo esto acabe —dijo Fortunato—, si aún seguimos por aquí, tu oferta será bienvenida.

♠

Eileen Carter tenía treinta y tantos años y pelo castaño con hebras grises. Miró al hombre a través de sus gafas cuadradas, después echó un vistazo a Caroline. Sonrió. Fortunato pasaba la mayor parte del tiempo con mujeres. Aun siendo hermosa, Caroline era insegura, celosa, con tendencia a hacer dietas absurdas o a maquillarse. Eileen era algo distinto.

Parecía tan sólo un tanto divertida por el aspecto de Caroline. Y en cuanto a Fortunato —un hombre negro, medio japonés, vestido de cuero y con la frente hinchada merced al virus wild card—, no pareció encontrar nada inusual en él en absoluto.

—¿Has traído la moneda? —preguntó. Al hablar lo miró directamente a los ojos. Él estaba cansado de mujeres que parecían modelos. Ésta tenía la nariz torcida, pecas y una docena de kilos de más. Sobre todo le gustaban sus ojos. Eran de un verde incandescente y tenían líneas de expresión en las comisuras.

Dejó el penique en el mostrador, con la cruz hacia arriba.

Eileen se inclinó para mirarlo, tocando el puente de sus gafas con un dedo. Llevaba una camisa de franela verde; las pecas descendían hasta donde Fortunato podía ver. Su pelo olía limpio y dulce:

—¿Puedo preguntarte de dónde has sacado esto?

—Digamos que es una larga historia —dijo Fortunato—. Soy amigo de Hiram Worchester. Él responde por mí, si eso ayuda.

—Es suficiente. ¿Qué quieres saber?

—Hiram dijo que quizá era una falsificación.

—Dame un segundo. —Cogió un libro de la pared que tenía detrás. Sus movimientos eran como súbitos arrebatos de energía, se entregaba por completo a lo que fuera que estuviera haciendo. Abrió el libro en el mostrador y lo hojeó—. Aquí —dijo. Estudió atentamente el reverso de la moneda durante unos segundos, mordiéndose el labio inferior. Sus labios eran pequeños,

Propiedad de Scyla Editores

duros y móviles. Fortunato se encontró preguntándose cómo sería besarla—. Sí, esto es una falsificación. Se le llama un penique Balsam. Por «Black John» Balsam, dice. Lo acuñó en las Catskills a finales del siglo XIX. —Alzó los ojos hacia Fortunato—. El nombre me suena de algo, pero no sabría decir de qué.

—¿«Black John»?

Ella se encogió de hombros y sonrió de nuevo.

—¿Puedo quedármelo? Sólo unos pocos días. Podría descubrirte algo más.

—Está bien.

Fortunato podía oír el océano desde donde estaban y eso hacía que las cosas parecieran un poco menos serias. Le dio su tarjeta de negocios, la que sólo leía su nombre y su teléfono. Cuando salían la mujer sonrió y saludó a Caroline, pero ella fingió no haberla visto.

En el tren de vuelta a la ciudad Caroline dijo:

—Quieres follártela, ¿no?

Fortunato le mostró una sonrisa y no le respondió.

—Por el amor de Dios —insistió. Fortunato notó de nuevo el acento de Houston en su voz. Era la primera vez en semanas—. Una maestra hecha polvo, vieja y con sobrepeso.

El hombre sabía que era mejor no decir nada y que su propia reacción era desproporcionada. Una parte de ello probablemente tenía que ver con las feromonas, una especie de química sexual que había entendido mucho antes de conocer sus bases científicas. Pero con ella se había sentido cómodo, algo que no le había ocurrido muy a menudo desde que el wild card le cambió. Aquella mujer no parecía tener inseguridad o timidez alguna.

«Basta —pensó—, estás actuando como un adolescente.» Caroline, de nuevo bajo control, le puso una mano en el muslo.

—Cuando lleguemos a casa —dijo—, te la quitaré de la cabeza a polvos.

♦

—¿Fortunato?

Se pasó el teléfono a la mano izquierda y miró el reloj. Las nueve de la mañana.

—¿Ajam…?

—Soy Eileen Carter. Me dejaste una moneda la semana pasada. —Se incorporó, súbitamente despierto. Caroline se dio la vuelta y enterró la cabeza bajo una almohada.

—No lo he olvidado. ¿Qué tal?

—Puede que tenga algo. ¿Qué te parece hacer una excursión al campo?

♥

Propiedad de Scyla Editores

Ella le recogió en su Volkswagen Rabbit y se dirigieron a Shandaken, una pequeña ciudad en las Catskills. Se había vestido lo más sencillo que pudo: Levi's, una camisa oscura y una vieja americana; pero no podía esconder ni su herencia ni la marca que el virus había dejado en él.

Aparcaron en un terreno asfaltado frente a una iglesia de madera blanca. Apenas habían bajado del coche cuando la puerta del templo se abrió y una anciana salió. Llevaba un traje de chaqueta barato azul marino de punto grueso y un pañuelo en la cabeza. Miró a Fortunato de arriba abajo durante un rato y finalmente le tendió la mano.

—Amy Fairborn. Ustedes deben de ser la gente de la ciudad.

Eileen completó las presentaciones y la señora asintió.

—La tumba está por aquí.

La lápida era un rectángulo de mármol liso y se encontraba fuera del cementerio delimitado por una cerca blanca, bastante alejada de las otras tumbas. La inscripción decía: «John Joseph Balsam. Muerto en 1809. Que arda en el infierno.»

El viento hizo ondear la chaqueta de Fortunato y arrastró hacia él débiles trazas del perfume de Eileen.

—Es una historia atroz —dijo Amy Fairborn—. Ya nadie sabe cuánto hay de verdad. Se supone que Balsam era un brujo de alguna clase que vivía en las colinas. Las primeras noticias que se tienen de él datan cerca de 1790. Nadie sabe de dónde vino, sólo que procedía de algún lugar de Europa. La vieja historia de siempre: extranjero vive solo y apartado y le echan la culpa de todo; las vacas dan leche agria o alguien padece un aborto y el culpable es él.

Fortunato asintió. En ese momento, él mismo se sentía como un extraño. No veía más que árboles y montañas allá donde mirara, excepto a la derecha, donde la iglesia se alzaba en lo alto de la colina como una fortaleza. Se sentía expuesto y vulnerable. La naturaleza era algo que debía tener una ciudad a su alrededor.

—Un día, la hija del sheriff de Kingston desapareció —siguió Fairborn—. Debió de ser a principios de agosto de 1809, por la época del festival de la cosecha. Irrumpieron en casa de Balsam y encontraron a la chica tendida sobre un altar, desnuda. —La mujer les mostró los dientes—. Eso es lo que la historia dice. Balsam llevaba un atuendo extraño y una máscara. Sujetaba un cuchillo del tamaño de su brazo. Dios sabe que la iba a cortar en pedacitos.

—¿Qué tipo de atuendo? —preguntó Fortunato.

—Una túnica de monje y una máscara de perro, dicen. Bueno, puede imaginarse el resto. Lo colgaron, le quemaron la casa, echaron sal en la tierra y bloquearon con árboles el camino que conducía al lugar.

Fortunato sacó uno de los peniques; Eileen aún tenía el otro.

Propiedad de Scyla Editores

—Se supone que se llama penique Balsam. ¿Eso le dice algo?

—Tengo tres o cuatro más de esos en mi casa. Salen de su tumba de vez en cuando. «Todo lo que baja sube», solía decir mi marido. Enterró un montón de estos pequeños.

—¿Pusieron peniques en su tumba? —preguntó Fortunato.

—Todos los que encontraron. Cuando quemaron la casa apareció un barril lleno en el sótano. ¿Ve lo rojos que son? Se supone que es por un alto contenido en hierro o algo así. La gente de la época decía que mezclaba sangre humana con el cobre. Sea como sea, las monedas desaparecieron de la oficina del sheriff. La mayoría pensó que la mujer y el hijo de Balsam las robaron.

—¿Tenía familia? —preguntó Eileen.

—Nadie les vio mucho, pero sí, estaba casado y tenía un niño pequeño. Hasta donde se sabe, se fueron a la gran ciudad después del ahorcamiento.

♣

Mientras volvían a través de las Catskills, Fortunato hizo que Eileen le hablara un poco de ella. Había nacido en Manhattan, obtenido una licenciatura en Humanidades en Columbia a finales de los sesenta y se había involucrado en el activismo político y el trabajo social para al final desvincularse de todo ello por las típicas razones.

—Para mí el sistema nunca cambiaba lo bastante rápido. Así que en cierto modo escapé hacia la historia. ¿Sabes?, cuando uno lee sobre historia ya sabe cómo acabará todo.

—¿Por qué historia oculta?

—No creo en ello, si te refieres a eso. Te estás riendo. ¿Por qué te ríes de mí?

—Te lo cuento en un minuto. Sigue.

—Es un desafío, eso es todo. Los historiadores normales no se lo toman en serio. Es un ámbito muy abierto y hay muchísimo material fascinante que nunca ha sido documentado como es debido. Los Hashishin, la Cábala, David Home, Crowley. —Le miró—. Venga, ¿qué es lo que te hace tanta gracia?

—Nunca me has preguntado nada al respecto, lo que está bien, pero tienes que saber que tengo el virus. El wild card.

—Sí.

—Me dio un gran poder. Proyección astral, telepatía, conciencia acrecentada… Pero el único modo en que puedo dirigirlo, hacer que funcione, es a través de la magia tántrica. Tiene algo que ver con energizar la espina dorsal.

—*Kundalini*.

—Sí.

—Estás hablando de magia tántrica real: intromisión, sangre menstrual…, todo el rollo.

—Así es. Es la parte wild card de todo el asunto.

Propiedad de Scyla Editores

—¿Hay más?

—Lo que hago para vivir. Soy un proxeneta, un chulo. Dirijo a una serie de prostitutas que cobran hasta mil dólares por noche. ¿Ya he conseguido que te pongas nerviosa?

—No. Tal vez un poco. —Le volvió a mirar de reojo—. Puede que sea estúpido esto que voy a decir, pero no encajas con mi imagen de un chulo.

—No me gusta mucho ese nombre pero tampoco rehúyo de él. Mis mujeres no son sólo putas. Mi madre es japonesa y las entrena como geishas. Muchas de ellas tienen doctorados. Ninguna es yonqui y cuando se cansan de esta vida pasan a otras partes de la organización.

—Haces que suene muy moral.

La mujer estaba a punto de expresar su desaprobación pero Fortunato no iba a echarse atrás.

—No —dijo—. Has leído a Crowley. No tenía muy buena opinión de la moralidad ordinaria, ni yo tampoco. «Haz lo que tú quieras será toda Ley.» Cuanto más sé, más me doy cuenta de que todo está ahí, en esa única frase. Es tanto una amenaza como una promesa.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque me gustas y me atraes y eso no tiene por qué ser bueno para ti. No quiero hacerte daño.

Ella puso las dos manos en el volante y observó la carretera.

—Puedo cuidar de mí misma —dijo.

«Deberías haberte quedado con la boca cerrada», se dijo para sus adentros, pero sabía que no era verdad. Mejor ahuyentarla ahora, antes de que estuviera más involucrada.

Unos pocos minutos después, Eileen rompió el silencio.

—No sé si debo decirte esto o no. Llevé esa moneda a un par de lugares. Librerías de ocultismo, tiendas de magia y esa clase de sitios. Sólo para ver si aparecía algo. Encontré a un tipo llamado Clarke en la librería Miskatonic. Parecía realmente interesado.

—¿Qué le dijiste?

—Dije que era de mi padre y que sentía curiosidad por ella. Empezó a hacerme preguntas, como si estaba interesada en el ocultismo o si alguna vez había tenido experiencias paranormales. Fue bastante fácil proporcionarle lo que quería oír.

—¿Y?

—Y quiere que conozca a cierta gente. —Unos segundos después dijo—. Te has vuelto a quedar callado.

—No creo que debas ir. Esto es peligroso. Quizá no creas en lo oculto, pero la cosa es que el wild card lo cambió todo. Las fantasías y las creencias de la gente ahora pueden ser reales. Y pueden hacerte daño. Matarte.

Ella meneó la cabeza.

Propiedad de Scyla Editores

—Es siempre la misma historia. Pero nunca hay pruebas. Puedes discutir conmigo todo el camino de vuelta a Nueva York sin lograr convencerme. A menos que lo vea con mis propios ojos, no me lo puedo tomar en serio.

—Como quieras —dijo Fortunato. Liberó su cuerpo astral y lo proyectó delante del coche. Se plantó en la carretera y se hizo visible justo cuando tenía el vehículo encima. Por el parabrisas pudo ver que a Eileen se le ponían los ojos como platos. Junto a ella, su propio cuerpo físico reposaba con una mirada vacía. La mujer gritó, los frenos chirriaron y él volvió bruscamente al coche. Derraparon hacia los árboles y Fortunato alcanzó el volante para sacarlos de allí. El coche se paró en seco y rodó hacia la cuneta.

—¿Qué… qué…?

—Lo siento —dijo. No consiguió que sonara muy convincente.

—¡Estabas en la carretera!

Sus manos aún sujetaban el volante y los temblores le sacudían los brazos.

—Era sólo… una demostración.

—¿Una demostración? ¡Me has dado un susto de muerte!

—No ha sido nada. ¿Entiendes? Nada. Estamos hablando de una especie de culto que tiene unos doscientos años de antigüedad y que incluye sacrificios humanos. Por lo menos. Podría ser peor, muchísimo peor, y no puedo ser el responsable de que te impliques en ello.

Arrancó el coche y lo llevó a la carretera. Fue un cuarto de hora después, de vuelta en la 1-87, cuando dijo:

—Ya no eres muy humano, ¿verdad? Y que puedas asustarme de esa manera aunque digas que estás interesado en mí… Eso es de lo que tratabas de advertirme.

—Sí. —Su voz sonaba diferente, más distante.

Esperaba que le dijera algo más pero en lugar de eso se limitó a asentir y poner una casete de Mozart en el equipo de sonido.

♠

Pensó que sería el fin de la historia. No obstante, una semana después ella llamó y le preguntó si podían quedar para comer en el Aces High.

Estaba esperándola en la mesa cuando llegó. Nunca se parecería a una modelo o a una de sus geishas, lo sabía, pero le gustaba el modo en que aprovechaba la mayoría de lo que tenía: falda estrecha de franela gris, camisa blanca de algodón, cárdigan azul marino, collar de ámbar y una diadema ancha de carey en la cabeza; sin maquillaje visible excepto por la máscara de ojos y un poco de brillo de labios.

Fortunato se levantó para apartarle la silla y casi se estampó contra Hiram. Hubo una pausa incómoda. Por fin, la mujer le tendió la mano y él se inclinó sobre ella, vaciló sólo un poco demasiado y después se alejó con una

Propiedad de Scyla Editores

reverencia. Fortunato se lo quedó mirando durante un segundo o dos. Quería que Eileen dijera algo sobre Hiram pero ella no captó la indirecta.

—Me alegro de verte —dijo.

—Yo también me alegro de verte.

—¿A pesar de… lo que ocurrió la última vez?

—¿Qué es eso, una disculpa? —Esa sonrisa de nuevo.

—No —dijo—. Aunque de veras lo siento. Siento haberte metido en esto. Siento no haberte conocido en otras circunstancias. Siento que cada vez que nos vemos tengamos entre manos este feo asunto.

—Yo también.

—Y temo por ti. Me enfrento a algo que no se parece a nada que haya visto antes. Ahí fuera está… esa cosa, esa conjura, ese culto o lo que sea. Y no logro descubrir nada sobre ello. —Un camarero trajo los menús y agua en copas de cristal. Fortunato le hizo un gesto para que se fuera—. He ido a ver a Clarke. Le hice algunas preguntas, mencioné a Tiamat y lo único que obtuve fueron miradas ausentes. No estaba fingiendo, leí su mente. —Tomó aliento—. No se acordaba de ti.

—Eso es imposible —dijo Eileen. Negó con la cabeza—. Es tan raro verte aquí sentado hablado de leer mentes… Tiene que haber algún tipo de error, nada más. ¿Estás seguro?

Fortunato podía ver su aura claramente: decía la verdad.

—Estoy seguro —dijo.

—Vi a Clarke anoche y te aseguro que se acordaba de mí. Me llevó a conocer a algunas personas. Eran miembros del culto, o la sociedad o lo que sea. Las monedas son una especie de señal para reconocerse.

—¿Tienes sus nombres, direcciones o algo así?

Negó con la cabeza.

—Si volviera a verlos les reconocería. Uno se llamaba Roman. Muy guapo, casi demasiado, ya me entiendes. El otro era muy ordinario… Harry, creo que era.

—¿Ese grupo tiene nombre?

—No mencionaron ninguno. —Miró el menú y el camarero volvió—. Creo que tomaré los medallones de ternera. Y una copa de chablis.

Fortunato pidió *insalata composta* y una beck's.

—Pero averigüé un par de cosas más —retomó Eileen—. He estado tratando de seguir el rastro de la mujer y el hijo de Balsam. A ver, hay un par de cabos sueltos en la historia. Primero probé con la rutina detectivesca habitual: partidas de nacimiento, defunción y matrimonios. Nada. Después intenté encontrar conexiones ocultas. ¿Conoces la *Abramelin Review*?

—No.

—Es una especie de guía de lectura en el ámbito de las publicaciones ocultistas, te recomiendan lecturas. Y ahí es donde aparece la familia Balsam:

Propiedad de Scyla Editores

hay un Marc Balsam que ha publicado al menos una docena de artículos en los últimos años; muchos de ellos en una revista llamada *Nectanebus*. ¿Te suena de algo?

Fortunato negó con la cabeza.

—¿Un demonio o algo? Me suena pero no caigo.

—Me apuesto lo que quieras a que está metido en la misma sociedad que Clarke.

—Por las monedas.

—Exacto.

—¿Qué me dices de esas pandillas descontroladas de chicos en los Cloisters? Obtuve una moneda de uno de esos chavales. ¿Ves alguna conexión posible?

—Aún no. Los artículos podrían ayudar pero la revista está bastante escondida. No he sido capaz de conseguir ninguna copia.

Llegó la comida. Durante el almuerzo, al fin mencionó a Hiram.

—Hace quince años era más atractivo de lo que imaginas. Un poco corpulento pero muy encantador. Siempre sabía cómo vestirse, qué decir y, por supuesto, conocía restaurantes fantásticos.

—¿Qué pasó? ¿O no es asunto mío…?

—No sé. ¿Qué es lo que siempre pasa entre la gente? Creo que sobre todo fue que estaba demasiado obsesionado con su peso. Ahora soy yo la que medio se obsesiona todo el tiempo.

—Sabes que no deberías. Tienes un aspecto espléndido, podrías tener a cualquier hombre que quisieras.

—No tienes que flirtear conmigo. Quiero decir, tienes todo ese poder sexual y ese carisma y todo y no me gusta la idea de que lo estés usando conmigo, de que me manipules.

—No estoy intentando manipularte —dijo Fortunato—. Si parece que estoy interesado en ti es porque estoy interesado en ti.

—¿Siempre eres tan intenso?

—Sí, supongo que sí. Te miro y sonríes todo el tiempo. Me vuelve loco.

—Intentaré no hacerlo.

—No.

Se dio cuenta de que iba demasiado fuerte. Ella dejó con cuidado los cubiertos en el plato y la servilleta doblada a un lado. Fortunato apartó la ensalada que le quedaba. De repente, algo burbujeó en su mente.

—¿Cómo has dicho que se llamaba la revista? Donde publicaba Balsam.

Sacó un trozo de papel doblado de su bolso.

—*Nectanebus*. ¿Por qué?

Fortunato pidió la cuenta.

—Escucha, ¿puedes venir a mi apartamento? Nada de juegos raros, es importante.

Propiedad de Scyla Editores

—Supongo.

El camarero hizo una reverencia y miró a Eileen.

—El señor Worchester está… inevitablemente ocupado. Pero me ha pedido que le diga que el almuerzo corre a cuenta de la casa.

—Dele las gracias de mi parte —dijo Eileen—. Dígale… Sólo dígale que gracias.

♦

Caroline aún estaba durmiendo cuando llegaron al apartamento. Dejó la puerta del dormitorio abierta adrede mientras caminaba desnuda hacia el baño; luego se sentó en el borde de la cama y se vistió con lentitud, empezando por las medias y un liguero.

Fortunato la ignoró mientras rebuscaba entre las pilas de libros que habían acabado por llenar toda una pared de la sala; o aprendía a controlar sus celos o le buscaría otro trabajo.

Eileen le sonrió mientras pisaba con brío sobre sus tacones de diez centímetros.

—Es guapa —dijo.

—Tú también.

—No empieces.

—Tú has sacado el tema. —Le pasó *Magia egipcia*, de Budge—. Aquí lo tienes, *Nectanebus*.

—… famoso mago y sabio, conocedor profundo de toda la sabiduría de los egipcios.

—Todo está relacionado. ¿Recuerdas la máscara de perro de Black John? Me pregunto si el culto de Balsam no es el de la francmasonería egipcia.

—Ay, Dios mío. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Creo que el nombre de Balsam podría ser una americanización de Balsamo.

—Como Giuseppe Balsamo de Palermo —dijo Eileen. Se dejó caer en el sofá.

—Más conocido como el conde Cagliostro.

♥

Fortunato acercó una silla, la colocó frente a ella y se sentó con los codos hincados en las rodillas.

—La Inquisición le arrestó… ¿cuándo fue?

—Hacia 1790, si no recuerdo mal. Lo encerraron en una especie de mazmorra. Nunca se encontró el cuerpo.

—Se supone que estaba conectado con los Iluminati. Pongamos por caso que escapara de su cautiverio y se fugara de manera clandestina a Estados Unidos.

Propiedad de Scyla Editores

—Donde aparecería como Black John Balsam, el rarito del pueblo. Pero ¿en qué estaba metido? ¿Por qué las monedas? ¿Y el sacrificio humano? Cagliostro era un fraude, un estafador. Lo único que le interesaba era la buena vida. El asesinato no parece de su estilo.

Fortunato le pasó *Brujas y hechiceros*, de Daraul.

—Averigüémoslo. A menos que tengas algo mejor que hacer.

♣

—Inglaterra —dijo Eileen—, 1777. Fue entonces cuando ocurrió. Lo admitieron en la masonería el doce de abril, en Soho. Tras eso, la masonería se convierte en el centro de su vida. Se inventa la francmasonería egipcia como una especie de orden superior y empieza a donar dinero, reclutando a todos los masones de alto rango que puede.

—¿Y a dónde llevó todo eso?

—Se supone que hizo una especie de gira por la campiña inglesa y volvió de ella como un, abre comillas, hombre cambiado, cierra comillas. Sus poderes mágicos se habían acrecentado. Pasó de ser un aventurero a ser un auténtico místico.

—Vale —dijo Fortunato—. Ahora escucha esto. Es de Tolstói, sobre la francmasonería: «El primer y principal objeto de nuestra Orden… es la preservación y el legado para la posteridad de un importante misterio…, un misterio del que quizá depende el destino de la humanidad.»

—Esto empieza a darme mucho miedo —dijo Eileen.

—Hay más. Lo que aparece en el reverso del penique de Balsam es una deidad sumeria llamada Tiamat. El Cthulu de Lovecraft está inspirado en ella: una especie de monstruo enorme y sin forma procedente de más allá de las estrellas. En teoría Lovecraft creó su mitología basándose en los papeles secretos de su padre. El padre de Lovecraft era masón.

—Así que crees que se trata de eso, de esa tal Tiamat.

—Junta las piezas —dijo Fortunato—. Supón que el secreto masónico tiene algo que ver con controlar a Tiamat; Cagliostro descubre el secreto y, como sus hermanos masones no piensan usar su conocimiento para hacer el mal, funda su propia orden para sus propios fines.

—Traer esta cosa a la Tierra.

—Sí —dijo Fortunato—, traerla a la Tierra.

Al final, Eileen había dejado de sonreír.

♠

Mientras hablaban había oscurecido. La noche era fría y clara y Fortunato podía ver las estrellas a través de las claraboyas del salón. Deseaba poder cerrarlas.

Propiedad de Scyla Editores

—Es tarde —dijo Eileen—. Tengo que irme.

No había pensado en el momento de despedirse. El trabajo del día lo había llenado de una energía nerviosa, de la fascinación de la caza. Su mente le excitaba y quería que se la mostrara: sus secretos, sus emociones, su cuerpo.

—Quédate —le dijo cuidando de no usar sus poderes, de no convertirlo en una orden—. Por favor.

Sintió un nudo en el estómago al pedírselo.

Se levantó y se puso el jersey que había dejado en el brazo del sofá.

—Tengo que… digerir todo esto —dijo—. Es sólo que están pasando muchas cosas a la vez. Lo siento. —No le miraba—. Necesito más tiempo.

—Te acompaño hasta la Octava Avenida —dijo—. Puedes coger un taxi allí.

Parecía que las estrellas irradiaran el frío y una especie de odio hacia la vida misma. Se encogió de hombros y hundió las manos en sus bolsillos. Unos segundos más tarde, notó el brazo de Eileen alrededor de la cintura y la acercó hacia sí mientras caminaban. Se pararon en la esquina de la Octava con la Diecinueve y un taxi se detuvo casi de inmediato.

—No hace falta que lo digas —le dijo Eileen—. Tendré cuidado.

No habría podido ni aunque hubiera querido, tal era el nudo que tenía en la garganta. Le puso la mano en la nuca y la besó. Sus labios eran tan suaves que no se dio cuenta de lo agradables que eran hasta que ya había empezado a darse la vuelta. Se giró de nuevo y aún estaba allí, de pie. La volvió a besar, más intensamente, y ella se apoyó en él durante un segundo y después se separó.

—Te llamaré —dijo Eileen.

Fortunato se quedó mirando el taxi hasta que dobló la esquina y desapareció.

La policía le despertó a las siete de la mañana siguiente.

—Tenemos un chico muerto en el depósito —dijo el primer policía—. Alguien le rompió el cuello en los Cloisters hace una semana, más o menos. ¿Sabes algo de eso?

Fortunato negó con la cabeza. Estaba de pie junto a la puerta, cerrándose la túnica con una mano. Si entraban verían el pentagrama pintado en el suelo de madera, la calavera humana en la estantería o las articulaciones en la mesita de café.

—Algunos de sus amigos dicen que te vieron allí —dijo el segundo policía.

Fortunato le miró a los ojos.

—No estaba allí —dijo—. Quieres creerme.

El segundo policía asintió y el primero hizo ademán de coger su pistola.

—No —dijo Fortunato. El primer policía no consiguió apartar la mirada a tiempo—. También me crees. Yo no estaba allí. Estoy limpio.

Propiedad de Scyla Editores

—Limpio —dijo el primer policía.

—Ahora, largaos —dijo Fortunato, y se fueron.

Se sentó en el sofá con las manos temblorosas. Volverían. O lo más probable: enviarían a alguien de la división de Jokertown a quien no le afectaran sus poderes.

No podía volver a conciliar el sueño. Aunque tampoco es que hubiera estado durmiendo bien. Sus sueños habían estado repletos de cosas con tentáculos tan grandes como la luna, bloqueando el cielo o tragándose la ciudad.

De repente se percató de que el apartamento estaba vacío. No podía recordar la última vez que había pasado una noche a solas. Estuvo a punto de coger el teléfono para llamar a Caroline. Fue sólo un reflejo y lo combatió. Lo que quería era estar con Eileen.

Dos días más tarde recibió otra llamada suya. En aquellos dos días había visitado su museo en Long Island dos veces, rondando por el lugar invisible a sus ojos, simplemente observándola. Habría ido más a menudo y se habría quedado más rato pero le resultaba demasiado placentero.

—Soy Eileen —dijo—. Quieren iniciarme.

Eran las tres y media de la tarde. Caroline estaba en Berlitz, aprendiendo japonés. No había estado mucho por allí últimamente.

—Volviste —dijo.

—Tenía que hacerlo. Ya hemos hablado de esto.

—¿Cuándo es?

—Esta noche. Se supone que tengo que estar allí a las nueve. Es en esa vieja iglesia de Jokertown.

—¿Puedo verte?

—Supongo que sí. Puedo pasarme por tu piso, si quieres.

—Por favor. Lo antes posible.

Se sentó junto a la ventana, observando, hasta que su coche se detuvo. Le abrió el portero automático y la esperó en el rellano. Eileen entró al apartamento delante de él y se giró. No sabía qué esperar de ella. Cerró la puerta y ella le tendió las manos. La rodeó con los brazos y le volvió la cara hacia él. La besó y después volvió a besarla. Ella le rodeó el cuello con sus brazos y le abrazó.

—Te deseo —dijo él.

—Yo también te deseo.

—Ven a la cama.

—Me gustaría… pero no puedo. Es… es una idea pésima. Ha pasado demasiado tiempo desde mi última vez. No puedo simplemente meterme en la cama contigo y realizar toda clase de actos sexuales tántricos. No es lo que quiero. Ni siquiera te corres, ¡por el amor de Dios!

Propiedad de Sexia Editores

Le alisó el cabello con los dedos.

—Está bien. —La abrazó un rato más y después la soltó—. ¿Quieres algo? ¿Una copa?

—Un poco de café, si tienes.

Puso agua en el fogón y molió un puñado de granos de café mientras la observaba desde detrás de la barra de la cocina.

—Lo que no logro entender —dijo— es por qué no puedo sacar nada de las mentes de esta gente.

—No creerás que me lo estoy inventando.

—Claro que no —dijo Fortunato—. Si mintieras lo sabría.

Ella sacudió la cabeza.

—Cuesta mucho acostumbrarse.

—Existen cosas más importantes que las exquisiteces sociales. —El agua hervía. Fortunato preparó dos tazas y las llevó al sofá.

—Si son tan grandes como crees —dijo Eileen—, por fuerza han de tener ases trabajando con ellos. Alguien que pueda crearles barreras, muros frente a otra gente con poderes mentales.

—Supongo que sí.

Ella bebió un poco de café.

—He visto a Balsam esta tarde. Nos reunimos todos en la librería.

—¿Cómo es?

—Soso. Parece un banquero o algo así. Traje con chaleco, gafas… Pero bronceado, como si jugara mucho al tenis los fines de semana.

—¿Qué dijo?

—Por fin mencionaron la palabra «masón». Como si fuera la última prueba, para ver si me asustaba. Después Balsam me dio una lección de historia: que los masones escoceses y los del rito de York son sólo ramificaciones de los masones especulativos y que estos únicamente se remontan al siglo dieciocho.

Fortunato asintió.

—Es todo cierto.

—Después empezó a hablar de Salomón y de que el arquitecto de su templo era en realidad egipcio; que la masonería empezó con Salomón y que todos los demás ritos habían perdido su sentido original. Pero ellos dicen que todavía lo preservan. Tal y como habías supuesto.

—Tengo que ir contigo esta noche.

—No hay modo de que puedas entrar, ni siquiera disfrazándote. Te reconocerían.

—Podría enviar mi cuerpo astral. Podría verlo y oírlo todo.

—Si alguien más entrara con su cuerpo astral, ¿podrías verle?

—Por supuesto.

—¿Entonces? Es correr un riesgo excesivo, ¿no?

—Está bien, de acuerdo.

Propiedad de Scyla Editores

—Tengo que ir yo sola, no hay otro modo.

—A menos que…

—A menos que ¿qué?

—A menos que entre dentro de ti —dijo.

—¿De qué estás hablando?

—El poder está en mi esperma. Si lo portaras…

—Oh, venga ya —dijo—. De todas las excusas lamentables para llevarse a alguien a la cama… —Le miraba fijamente—. No estás bromeando, ¿verdad?

—No puedes entrar ahí sola. No sólo por el peligro, sino porque no puedes hacer mucho tú sola. No puedes leerles la mente, yo sí.

—¿Incluso cuando parasitas a otra persona? —Fortunato asintió—. Ay, Dios. Esto es… Hay tantas razones para no hacerlo… Tengo el período, para empezar.

—Tanto mejor.

La mujer se cogió la muñeca izquierda y se la acercó al pecho.

—Me dije a mí misma que si alguna vez volvía a irme a la cama con un hombre, y dije «si alguna vez», tendría que ser algo romántico. Flores, velas y demás. Y mírame.

Fortunato se arrodilló frente a ella y suavemente le apartó las manos.

—Eileen —dijo—, te quiero.

—Para ti es fácil decirlo. Estoy segura de que lo dices de corazón y todo eso, pero también estoy segura de que lo dices a menudo. Yo sólo se lo he dicho a dos hombres en mi vida y uno de ellos era mi padre.

—No hablo de cómo te sientes tú, ni de la eternidad. Hablo de mí, de aquí y ahora. Y te quiero. —La cogió y la llevó a su dormitorio.

Hacía frío y ella empezó a castañetear los dientes. Fortunato encendió la estufa de gas y se sentó a su lado en la cama. Ella cogió su mano derecha entre las suyas y se la llevó a los labios. Él la besó y ella sintió su respuesta, casi contra su voluntad. Fortunato se quitó la ropa, los cubrió a ambos con las sábanas y empezó a desabrocharle la blusa. Sus pechos eran grandes y suaves y los pezones se endurecieron bajo su lengua al besarlos.

—Espera —dijo—. Tengo… tengo que ir al baño.

Cuando volvió, se había despojado del resto de su ropa y sostenía una toalla.

—Para no manchar las sábanas —dijo. Un poco de sangre le asomaba por la cara interna de un muslo.

Fortunato apartó la toalla.

—No te preocupes por eso.

Permaneció desnuda ante él y parecía como si tuviera miedo de que le pidiera que se fuera. Él puso la cabeza entre sus pechos y la atrajo para sí.

Eileen volvió a meterse bajo las sábanas, le besó y su lengua jugueteó en su boca. Él le besó los hombros, los pechos y bajo la barbilla. Después se apoyó en las manos y las rodillas y se colocó encima de ella.

Propiedad de Scyla Editores

—No —susurró—, aún no estoy lista…

Se cogió el pene con una mano y pasó la punta por sus labios vaginales, lenta y suavemente, sintiendo cómo la delicada carne se volvía cálida y húmeda. Ella se mordió el labio inferior, los ojos cerrados.

Se deslizó poco a poco dentro de ella; la fricción le mandaba oleadas de placer por la columna.

La besó de nuevo. Sentía sus labios moviéndose contra los suyos, murmurando palabras inaudibles. Sus manos se movieron por su costado, alrededor de su espalda. Recordó que estaba acostumbrado a hacer el amor durante horas y el pensamiento le sorprendió. Era todo demasiado intenso. Estaba lleno de calor y luz; no podía contenerlo todo.

—¿No se supone que debes decir algo? —susurró Eileen respirando entrecortadamente al hablar—. ¿Algún tipo de hechizo mágico y eso?

Fortunato la besó de nuevo, sus labios le cosquilleaban como si hubieran estado dormidos y justo ahora volvieran a la vida.

—Te quiero —dijo.

—Ay, Dios —dijo, y empezó a llorar. Las lágrimas se deslizaron hasta su pelo y al mismo tiempo sus caderas empezaron a moverse más rápidamente contra él. Sus cuerpos estaban enardecidos y calientes y el sudor caía por el pecho de Fortunato. Eileen se puso rígida y entró en éxtasis. En cuanto a él, un segundo después su cerebro se puso en blanco y luchó contra diez años de entrenamiento y dejó que sucediera, dejó que el poder saliera a chorro y se introdujera en la mujer y por un instante él fue ambos al mismo tiempo, hermafroditas, completos, y sintió que se expandía hasta los confines del universo en una explosión nuclear gigante.

Y de nuevo estaba en la cama con Eileen, sintiendo cómo sus pechos subían y bajaban debajo de él mientras lloraba.

♣

La única luz provenía de la estufa de gas. Debía de haberse dormido. Al contacto con su mejilla, la funda de la almohada parecía papel de lija. Tuvo que usar toda su fuerza para darse la vuelta y ponerse de espaldas.

Eileen se estaba poniendo los zapatos.

—Ya es casi la hora —dijo.

—¿Cómo te sientes? —dijo.

—Increíble. Fuerte. Poderosa —rió—. Nunca me había sentido así.

Cerró los ojos y se deslizó en su mente. Pudo verse a sí mismo tumbado en la cama, esquelético, con la oscura y dorada piel desapareciendo entre las sombras y la frente contraída hasta donde se mezclaba suavemente con el cráneo sin pelo.

—¿Y tú? —dijo ella. Podía sentir su voz reverberando en su pecho—. ¿Estás bien?

Propiedad de Scyla Editores

Volvió a su propio cuerpo.

—Débil —dijo—. Pero estaré bien.

—¿Quieres que… llame a alguien para que venga?

Sabía lo que le estaba ofreciendo y sabía que lo aceptaría. Caroline o una de las otras; sería el modo más rápido de recuperar su poder pero también afectaría a su vínculo con Eileen.

—No —dijo.

Acabó de vestirse y se inclinó hacia él para besarle durante largos segundos.

—Gracias.

—No —dijo él—, no me lo agradezcas.

—Será mejor que me vaya.

Su impaciencia, su fuerza y su vitalidad eran una fuerza física más en la habitación. Estaba demasiado distante de todo como para envidiarla. Después, ella se fue y él volvió a dormirse.

♠

Observó a través de los ojos de Eileen mientras estaba de pie junto a la puerta de entrada de la librería esperando a que Clarke cerrara. Podría haberse metido del todo en su mente pero habría agotado la escasa fuerza que iba recuperando poco a poco. Además, ahí se sentía cálido y confortable. Hasta que unas manos le agarraron y le zarandearon hasta despertarle y se encontró de cara a un par de placas doradas.

—Ponte la ropa —dijo una voz—. Estás arrestado.

♦

Le dieron una celda para él solo. Tenía el suelo de baldosas grises y las paredes de cemento pintadas de gris. Se acurrucó en un rincón, temblando, demasiado débil para estar de pie. En la pared de al lado alguien había tallado una figura diminuta con una polla goteante y unos cojones gigantescos.

Durante una hora fue incapaz de concentrarse lo suficiente como para contactar con Eileen. Estaba seguro de que los masones de Balsam la habían matado.

Cerró los ojos. La puerta de una celda del corredor retumbó al cerrarse y eso le trajo de vuelta. «Concéntrate, maldita sea», pensó. Se encontraba en una sala alargada de techo alto. Una luz amarilla procedente de unos atriles llenos de velas titilaba en las paredes distantes. El suelo era de baldosas amarillas y negras, ajedrezado. En la parte delantera de la sala se alzaban dos columnas dóricas, una a cada lado, que no llegaban a tocar el techo. Simbolizaban el templo de Salomón; se llamaban Boaz y Joachim, las dos primeras palabras masónicas.

Propiedad de Scyla Editores

No quería tomar el control del cuerpo de Eileen, aunque de darse el caso podría hacerlo. Por lo que sabría decir, ella estaba bien: podía percibir su excitación pero no sentía ningún dolor ni estaba siquiera especialmente asustada.

Un hombre que encajaba con la descripción de Balsam que le había dado Eileen estaba de pie en la parte delantera de la habitación, en el estrado reservado para el Venerable Maestro del Templo. Sobre el traje oscuro vestía un mandil blanco masónico con unas filigranas de rojo brillante. Llevaba un tabardo como un babero enorme alrededor del cuello; también era blanco, con una cruz con un bucle en el centro. Un anj.

—¿Quién habla por esta mujer? —preguntó Balsam.

Había una docena o más de personas de ambos sexos en la sala, todos con mandiles y tabardos. Formaban una hilera curva en el lado izquierdo de la sala. La mayoría parecían bastante normales. Un hombre tenía la piel de un rojo brillante y carecía totalmente de pelo: un joker, claro. Otro parecía terriblemente frágil, con gafas gruesas y expresión ofuscada. Era el único que no llevaba ropa de calle bajo el mandil; en su lugar, estaba envuelto en una túnica blanca un par de tallas mayor a la suya, con capucha y mangas que le colgaban sobre las manos.

Clarke se salió de la fila y dijo:

—Yo hablo por ella.

Balsam le entregó una intrincada máscara recubierta de lo que parecía ser pan de oro. Era una cabeza de halcón y cubría por completo la cara de Clarke.

—¿Quién se opone? —dijo Balsam.

Una joven mujer oriental, bastante corriente pero con una indefinible aura sexual, dio un paso al frente.

—Yo me opongo.

Balsam le entregó una máscara con unas orejas largas y puntiagudas y un rostro afilado. Cuando se la puso, le dio un aspecto frío y desdeñoso. Fortunato sintió que el pulso de Eileen empezaba a acelerarse.

—¿Quién la reclama?

—Yo la reclamo. —Otro hombre se adelantó y tomó una máscara con la cara de chacal de Anubis.

El aire de detrás de Balsam fluctuó y empezó a brillar. Las velas titilaron. Lentamente tomó forma un hombre dorado y la sala se iluminó. Era tan alto que llegaba al techo, tenía rasgos caninos y ardientes ojos amarillos. Se quedó de pie con los brazos cruzados y miró a Eileen desde las alturas. Su pulso se desbocó y descompasó y se clavó las uñas en las palmas de las manos. No parecía que nadie más se diera cuenta de que él estaba allí.

La mujer que llevaba la máscara afilada se plantó ante Eileen.

—Osiris —dijo la mujer—, soy Set, de la compañía de Annu, hijo de Seb y Nut.

Propiedad de Scyla Editores

Sintió que Eileen abría la boca para hablar pero, antes de que pudiera decir nada, la mano derecha de la mujer restalló contra su cara. Cayó hacia atrás y se deslizó —casi un metro— por el suelo embaldosado.

—Observa —continuó la mujer. Rozó los ojos de Eileen con los dedos y aquellos se humedecieron— la lluvia que fertiliza.

—Osiris —dijo el hombre de la cabeza de chacal, adelantándose para ocupar la posición de la mujer—. Soy Anubis, hijo de Ra, el Abridor de Caminos. Mía es la Montaña Funeral. —Se situó detrás de Eileen y la sujetó contra el suelo.

Ahora Clarke estaba de rodillas a su lado; el hombre dorado asomaba detrás de él.

—Osiris —dijo. Una luz centelleó en los diminutos ojos de la máscara de halcón—. Soy Horus, tu hijo y el hijo de Isis. —Presionó con dos dedos los labios de Eileen, forzándola a abrir la boca—. He venido a abrazarte, soy tu hijo Horus, he abierto tu boca. Soy tu hijo y te quiero. Esta boca estaba cerrada, pero he puesto orden en ella y en tus dientes. Abro por ti tus dos ojos. Te he abierto la boca con el instrumento de Anubis. Horus ha abierto la boca de la muerta, así como en los tiempos antiguos abría tu boca, con el hierro que venía de Set. La difunta andará y hablará y su cuerpo estará en la inmensa compañía de los dioses en la Gran Casa del Anciano en Annu, y allí recibirá la corona ureret de Horus, el señor de la humanidad.

Clarke cogió lo que parecía ser una serpiente de madera que le dio Balsam. Eileen intentó zafarse pero el hombre de la cabeza de chacal la sujetaba con demasiada fuerza. Clarke agitó la serpiente y con suavidad la hizo rozar cuatro veces con la boca y los ojos de Eileen.

—Oh, Osiris, he abierto por ti ambas mandíbulas en tu cara y ahora están separadas.

Se apartó. Balsam se inclinó sobre ella hasta que tuvo la cara a escasos centímetros y dijo:

—Ahora te entrego el *hekau*, la palabra de poder. Horus te ha otorgado el uso de tu boca y ahora puedes pronunciarla. La palabra es Tiamat.

—Tiamat —susurró Eileen.

Fortunato, paralizado por el miedo, se abrió paso hacia la mente de Balsam.

♥

El truco era seguir moviéndose, sin sentirse abrumado por lo extraño de la situación. Si seguía desencadenando asociaciones acabaría en la parte de la memoria de Balsam que quería.

En aquel momento Balsam se encontraba cerca del éxtasis. Fortunato siguió las imágenes y tótems de la magia egipcia hasta que dio con los más primitivos y desde allí trazó el camino hacia el padre de Balsam y se remontó siete generaciones hasta el mismo Black John.

Propiedad de Soyla Editores

Todo lo que Balsam había oído, leído o imaginado sobre su ancestro estaba ahí. Su primera estafa, cuando se apropió de sesenta onzas de oro puro del orfebre Marano. Su huida de Palermo. El encuentro con el griego, Altotas, y el aprendizaje de la alquimia. Egipto, Turquía, Malta y, por fin, Roma a los veintiséis años, guapo e inteligente, llevando cartas de presentación para la flor y nata de la sociedad.

Allí encontró a Lorenza. Fortunato la vio como lo había hecho Cagliostro, desnuda ante él por primera vez, con sólo catorce años de edad pero vertiginosamente hermosa: esbelta, elegante, de piel aceitunada, con una mata de pelo negro azabache ondulada que la envolvía, pequeños y perfectos pechos, aroma a flores silvestres de la costa y una voz ronca gritando su nombre mientras le estrechaba entre sus piernas.

Viajando por Europa en carruajes tapizados de terciopelo verde oscuro, abriendo sin reservas las puertas de la sociedad gracias a la belleza de Lorenza, viviendo de lo que mendigaban en los salones de la nobleza y entregando el resto como limosnas.

Y, finalmente, Inglaterra.

Fortunato observó a Cagliostro cabalgando por el bosque a lomos de un purasangre del color del ébano. Se había separado, no por accidente, de Lorenza y del joven lord inglés al que tenía cautivado. Sin duda, su señoría se estaría entreteniendo con ella en ese mismo instante en alguna cuneta junto al camino y, sin duda, Lorenza ya habría encontrado el modo de sacarle beneficio para ambos.

Entonces la luna cayó del cielo en medio de la tarde.

Cagliostro espoleó la montura hacia la fulgurante aparición. Descendió suavemente en un claro, unos cientos de metros más allá. El caballo no podía acercarse a más de treinta metros, de modo que el conde lo ató a un árbol y se acercó a pie. La cosa era indistinta, formada por ángulos inconexos y, a medida que Cagliostro se aproximaba, un trozo se separó. Y eso fue todo. De repente el hombre estaba cabalgando de vuelta a Londres en un carruaje con Lorenza, albergando una especie de gran propósito que Fortunato no podía leer.

Rebuscó en la mente de Balsam. La información tenía que estar allí, en algún lugar; algún fragmento acerca de aquel ente de los bosques, de lo que había dicho o hecho.

Fue entonces cuando Balsam se incorporó de golpe y dijo:

—La mujer está en mi mente.

♣

Ahora volvía a ver a través de los ojos de Eileen, enfurecido por su propia torpeza. Las cosas habían ido horriblemente mal. Se encontró mirando fijamente el rostro del hombrecillo con las gafas gruesas y la túnica.

Propiedad de Scyla Editores

Entonces estuvo de regreso en su celda.

Dos guardias le cogían por los brazos y le arrastraban hacia la puerta.

—No —dijo—, por favor. Sólo unos minutos más.

—Vaya, te gusta estar aquí, ¿eh? —dijo uno de ellos. Empujó a Fortunato hacia la puerta. El pie le resbaló en el liso linóleo, cayó a cuatro patas y el guardia le dio una patada cerca del riñón izquierdo, no lo bastante fuerte como para que se desmayara.

Entonces volvieron a arrastrarle, por infinitos corredores de un verde apagado, hacia una habitación con paneles oscuros sin ventanas y con una larga mesa de madera. Al otro lado había sentado un hombre de quizá unos treinta años vestido con un traje barato. Tenía el pelo castaño y una cara corriente. Llevaba una placa dorada sujeta al bolsillo de la americana. A su lado se sentaba un hombre con un polo y una americana deportiva cara. Tenía una excesiva belleza aria: pelo rubio ondulado y gélidos ojos azules. Fortunato recordó al masón que Eileen le había descrito, Roman.

—Sargento Matthias —dijo el segundo guardia. El hombre del traje barato asintió—: es éste.

Matthias se recostó en la silla y cerró los ojos. Fortunato sintió que algo barría su mente.

—¿Y bien? —preguntó Roman.

—No mucho —dijo Matthias—, algo de telepatía y un poco de telequinesia pero es débil. Dudo que pueda siquiera abrir una cerradura.

—Así pues, ¿qué opina? ¿El jefe tiene que preocuparse por él?

—No veo por qué. Podría retenerlo un rato por asesinar a ese chico y ver qué pasa.

—¿Con qué fin? —dijo Roman—. Se limitaría a alegar defensa propia. El juez probablemente le daría una medalla. A nadie le importan esos pequeños desgraciados.

—Bien —dijo Matthias. Se giró hacia los guardias—. Soltadle. Hemos acabado con él.

♠

Tardaron otra hora en ponerlo de vuelta a la calle y por supuesto nadie se ofreció a llevarlo a casa. Pero estaba bien. Jokertown era donde necesitaba estar.

Se sentó en las escaleras de la comisaría y penetró en la mente de Eileen.

Se encontró a sí mismo contemplando la pared de ladrillos de un callejón, carente de todo pensamiento o emoción. Mientras luchaba por romper las nubes de su cerebro sintió que su vejiga se aflojaba y notó que la cálida orina se extendía en un charquito debajo de ella y en seguida se enfriaba.

—Eh, colega, no puedes dormir en los escalones.

Propiedad de Scyla Editores

Fortunato anduvo hacia la calle y llamó un taxi. Metió un billete de veinte por el pequeño cajón metálico y dijo:

—Al sur, de prisa.

♦

Se bajó del taxi en Chrystie, justo al sur de Grand. Ella no se había movido; su mente ya no estaba allí. Se agachó delante de ella y tanteó durante unos segundos hasta que no pudo soportarlo y se dirigió al fondo del callejón. Golpeó el lateral de un contenedor hasta que sus manos quedaron poco menos que inútiles. Después regresó y volvió a intentarlo.

Abrió la boca para decir algo. No salió nada. No le quedaban palabras en la mente, sólo grumos de rojo sangre y un reflujo ácido que subía y subía hacia sus ojos.

Cruzó la calle y llamó al 911. Le dolía pulsar los botones. Cuando consiguió hablar con un operador pidió una ambulancia, dio la dirección y colgó.

Volvió a cambiar de acera y en el camino un coche le tocó el claxon, no entendió por qué. Se arrodilló delante de Eileen. Su mandíbula colgaba abierta y sobre su blusa pendía un hilillo de saliva. No podía soportar verla así; cerró los ojos, proyectó su mente y le paró el corazón con suavidad.

♥

Fue fácil encontrar el templo. Sólo estaba a tres manzanas. Se había limitado a seguir los rastros de energía de los hombres que habían dejado a Eileen en el callejón.

Se quedó de pie al otro lado de la calle, frente a la iglesia tapiada. Tenía que pestañear constantemente para ver con claridad. Los rastros que había captado conducían al interior del edificio y otros dos o tres distintos se alejaban. Pero Balsam seguía allí; Balsam, Clarke y una docena más.

Era suficiente: los quería a todos pero se conformaría con los que estaban allí. Ellos, sus monedas, sus máscaras doradas, sus rituales y su templo, todo lo implicado en el intento de traer aquella monstruosidad extraterrestre a la Tierra y que había derramado sangre, destruido mentes y arruinado vidas para tal propósito: lo quería todo acabado y concluido, de una vez por todas.

La noche era tremendamente fría, un vacío tan frío como el espacio que succionaba el calor y la vida de todo lo que tocaba. Sus mejillas ardieron y después se entumecieron.

Buscó el poder que había reservado y no le bastó.

Durante unos segundos se quedó de pie temblando de rabia e impotencia, dispuesto a lanzarse contra el edificio con sus propias manos magulladas. Entonces la vio, bajo la farola de la esquina: con la típica pose, pantalones cortos

Propiedad de Sevia Editores

negros, chaqueta de pelo de conejo, chal de falso pelo, tacones de fulana y demasiado maquillaje. Levantó el brazo lentamente y le hizo un gesto.

Se paró delante de él y le miró con recelo de arriba a abajo.

—Eh —dijo. Tenía la piel ajada y los ojos cansados—, ¿quieres dar una vuelta?

Sacó un billete de cien dólares de la chaqueta y se desabrochó los pantalones.

—¿Aquí mismo, en la calle? Cielo, debes de tener las pelotas a punto de estallar. —Miró fijamente los cien dólares y se puso de rodillas—. Uf, qué frío está el cemento.

Tanteó por sus pantalones y después le miró.

—¿Qué mierda es esto? ¿Sangre seca?

Sacó otro billete de cien. La mujer dudó un segundo, se metió los dos billetes en el bolso y lo sujetó bien bajo el brazo.

En cuanto notó el roce de su boca, Fortunato se empalmó. Sintió una oleada abriéndose camino desde sus pies que hacía que le dolieran el cráneo y las uñas. Puso los ojos en blanco hasta que contempló el segundo piso de la vieja iglesia.

Quería usar su poder para levantar toda la manzana y lanzarla al espacio, aunque no tenía fuerza ni para romper una ventana. Probó con los ladrillos, las vigas de madera y el cableado eléctrico y entonces encontró lo que estaba buscando. Siguió un conducto de gas que bajaba hasta el sótano y volvía a la planta principal; empezó a mover el fluido por él, sometiéndolo a una presión equivalente a la que sentía en su interior, hasta que las cañerías vibraron, las paredes temblaron y el mortero crujió. La prostituta alzó los ojos, miró al otro lado de la calle y vio las grietas que se estaban abriendo en las paredes.

—Corre —le dijo él.

Mientras se alejaba taconeando, Fortunato bajó la mano y hundió los dedos en la base del pene, forzando al cálido flujo de su eyaculación a retroceder. Sus intestinos ardieron y, en el angosto espacio por encima del templo, la tubería de acero negro se dobló y se liberó de sus junturas; expulsó el gas y cayó al suelo, arrancando chispas de la pared de mallazo y yeso.

El edificio se hinchó por un instante, como si se estuviera llenando de agua, y después estalló en una bola de humeantes llamas naranjas. Los ladrillos se desplomaron contra la pared, a ambos lados de Fortunato, quien no podía dejar de mirar, no hasta que las cejas se le chamuscaron y su ropa empezó a arder. El fragor de la explosión había roto las ventanas de toda la calle y, cuando finalmente murió, el aullido de las sirenas y las alarmas lo reemplazó.

Deseaba haberles oído gritar.

♣

Propiedad de Scyla Editores

Al fin, un taxi paró para recogerle. El conductor quería llevarle al hospital pero Fortunato le convenció de lo contrario con un billete de cien dólares.

Subir las escaleras de su apartamento le costó más que cualquier otra cosa que pudiera recordar. Entró en el dormitorio. Las almohadas aún olían al perfume de Eileen.

Fue a la cocina, cogió un quinto de whisky y se sentó junto a la ventana; se lo bebió de un trago, contemplando el resplandor rojizo del fuego apagándose poco a poco sobre Jokertown.

Cuando por fin se desmayó en el sofá, soñó con tentáculos y carne gomosa y picos que se abrían y se cerraban entre largas y resonantes risotadas.

♣ ♦ ♠ ♥

Propiedad de Scyla Editores

1985

Propiedad de Scyla Editores

Jube: Uno

Propiedad de Scyla Editores

Tras preparar el quiosco para la noche, Jube cargó su carrito de la compra con periódicos y emprendió su ronda rutinaria por los bares de Jokertown.

Con Acción de Gracias a menos de una semana, el frío viento de noviembre tenía un filo cortante cuando bajaba ululando por Bowery. Jube caminaba con dificultad, aguantando con una mano su maltrecho sombrero de media copa mientras que con la otra tiraba del carro de alambre de dos ruedas por la acera agrietada. Vestía unos pantalones lo bastante anchos como para albergar a toda una multitud y una camisa hawaiana azul cubierta de surfistas. Nunca llevaba abrigo. Jube vendía periódicos y revistas en la esquina de Hester Street con Bowery desde el verano de 1952 y no había llevado abrigo ni una sola vez. Siempre que le preguntaban al respecto, se reía mostrando los colmillos, se golpeaba la tripa y decía: «Éste es todo el aislamiento que necesito, sí, señor.»

En el mejor de los casos, usando tacones, Jube Benson pasaba apenas un par de centímetros del metro y medio; pero una buena porción de aquel paquete compacto (casi ciento cuarenta kilos de carne aceitosa de un negro azulado) recordaba a la goma medio derretida. Tenía un rostro ancho y picado, el cráneo cubierto de mechones de pelo tieso de color rojo y dos pequeños colmillos curvados saliendo por debajo de las comisuras de la boca. Olía como a palomitas con mantequilla y sabía más chistes que cualquier otra persona en Jokertown.

Jube se contoneaba con brío, sonriendo a los peatones, pregonando sus periódicos a los coches que pasaban (incluso a aquellas horas, la calle principal de Jokertown estaba lejos de estar desierta). En La Casa de los Horrores, dejó una pila de *Daily News* al portero para que los repartiera a los clientes que se

iban, junto con un *Times* para el propietario, Des. Un par de manzanas más abajo estaba el Club del Caos, donde dejó otro montón. Jube había guardado una copia del *National Informer* para Lambent; el portero lo cogió con una mano descarnada e incandescente.

—Gracias, Morsa.

—Léetelo entero —dijo Jube—. Dice que hay un nuevo tratamiento que convierte a los jokers en ases.

Lambent rió.

—Sí, seguro —dijo hojeando el periódico. Una lenta sonrisa apareció en su rostro fosforescente—. Eh, mira esto, Sue Ellen va a volver con J.R.

—Como siempre —dijo Jube.

—Esta vez va a tener su bebé joker —dijo Lambent—. Dios, qué tía más tonta. —Dobló el periódico y se lo puso bajo el brazo—. ¿Te has enterado? Gimli va a volver.

—¡No me digas! —contestó Jube. La puerta se abrió tras ellos; Lambent se apresuró a sujetarla y silbó a un taxi para que recogiera a la pareja bien vestida que salía. Mientras les ayudaba a subirse al vehículo les entregó su *Daily News* gratis y el hombre le puso un billete de cinco en la mano. Lambent lo hizo desaparecer, guiñándole un ojo a Jube. Él se despidió, siguió su camino y dejó atrás al portero fosforescente, de pie en la acera con su librea del Club del Caos y echando un vistazo a su *Informer*.

El Club del Caos y la Casa de los Horrores eran establecimientos con clase; los bares, las tabernas y las cafeterías de las calles secundarias rara vez le reportaban nada. Pero le conocían en todos ellos y le dejaban vender sus periódicos de mesa en mesa. Jube se paró en El Pozo y en La Cocina de Peludo, jugó una partida de tejo en el Sótano de Squisher y entregó una *Penthouse* en el Wally's de Wally. En el Pub de Black Mike, bajo el rótulo de neón de la cerveza Schaefer, bromeó con un par de rameras que le hablaron del político nat pervertido con el que habían hecho un trío.

Entregó el *Times* del capitán McPherson al sargento que estaba en la recepción de la comisaría de Jokertown y vendió un *Sporting News* a un policía de paisano que pensaba que tenía una pista sobre el Jokers Wild, donde la semana pasada un chapero había sido castrado en el escenario. En el Dragón Retorcido, situado en el límite con Chinatown, Jube se deshizo de sus periódicos chinos antes de encaminarse al Freakers, en Chatham Square, donde vendió una copia del *Daily News* y media docena de *Jokertown Cry*.

Las oficinas del *Cry* estaban al otro lado de la plaza. El editor del turno de noche siempre cogía un *Times*, un *Daily News*, un *Post* y un *Village Voice* y le daba a Jube una taza de café negro y fangoso:

—Qué noche más aburrida —dijo Crabcakes mordisqueando un cigarrillo sin encender mientras pasaba las páginas de la competencia con las pinzas que hacían las veces de manos.

Propiedad de Scyla Editores

—He oído que los policías van a cerrar ese estudio de porno joker en Division —dijo Jube bebiendo cortésmente de su taza. Crabcakes le miró entornando los ojos:

—¿Tú crees? No apostaría por ello, Morsa. Ese grupo está conectado; con la familia Gambione, creo. ¿Dónde lo has oído?

Jube le dedicó una amplia sonrisa.

—También he de proteger a mis fuentes, jefe. ¿Sabes el del tío que se casa con una joker, preciosa, de pelo largo y rubio, cara de ángel, cuerpo a juego? En su noche de bodas, ella sale con su picardías blanco y le dice, cariño, tengo buenas y malas noticias. Y él dice, vale, dame primero las buenas. Bien, dice ella, la buena noticia es que esto es lo que el wild card me hizo, y se da la vuelta y le enseña unas buenas vistas hasta que el otro sonríe y empieza a babear. ¿Y cuál es la mala noticia?, pregunta él. La mala noticia es que mi verdadero nombre es Joseph.

Crabcakes hizo una mueca.

—Largo de aquí —dijo.

Los asiduos de Ernie le libraron de unos pocos más ejemplares del Cry y del *Daily News* y el propio Ernie le proporcionó el número del *Ring* que había salido aquella tarde. Era una noche floja, así que Ernie le puso una piña colada y Jube le contó el de la novia joker que tenía buenas y malas noticias para su marido.

El dependiente de la tienda de rosquillas, que abría toda la noche, le cogió un *Times*. Cuando enfiló Henry hacia su última parada, la carga de Jube era tan ligera que el carrito de la compra iba rebotando detrás de él.

Fuera de la entrada con marquesina del Palacio de Cristal había tres taxis, esperando clientes.

—Eh, Morsa —le gritó uno de los taxistas cuando pasó—. ¿Tienes un *Cry* por ahí?

—¡Y tanto! —Cambió un periódico por una moneda. El taxista tenía un nido de tentáculos serpentinos por brazo derecho y aletas en vez de piernas, pero su Checker tenía mandos especiales y conocía la ciudad como la palma de su tentáculo. También recibía propinas muy buenas. Esos días a la gente le aliviaba tanto dar con un conductor que hablara inglés que no les importaba un comino qué aspecto tuviera.

El portero subió el carrito de Jube por los escalones de piedra hasta la entrada principal de la casa adosada de tres pisos de finales del XIX. Ya en el umbral victoriano, Jube dejó su sombrero y su carrito con la chica del guardarropía, reunió los periódicos que le quedaban, se los puso bajo el brazo y se adentró en el enorme salón de techos altos. Justo cuando entraba, Elmo, el portero enano, estaba echando a un hombre con cara de calamar que vestía un dominó con lentejuelas.

Tenía un moratón en un lado de la cabeza.

Propiedad de Scyla Editores

—¿Qué ha hecho? —preguntó Jube.

Elmo le sonrió.

—No es lo que ha hecho, sino lo que pensaba hacer. —El hombrecillo empujó las puertas de cristal de colores con el de la cara de calamar colgando de su hombro como si fuera un saco de patatas.

El Palacio de Cristal estaba a punto de cerrar. Jube dio una vuelta por la sala principal de la taberna, apenas se molestó con los reservados y sus cabinas con cortinas, y vendió unos pocos periódicos más. Después se subió a un taburete. Sascha estaba detrás de la larga barra de caoba; su cara sin ojos y su bigotillo se reflejaban en el espejo mientras mezclaba un *planter's punch*. Lo dejó delante de Jube sin decir nada y sin intercambio de dinero alguno.

Mientras sorbía su bebida, percibió un soplo de un perfume familiar y giró la cabeza justo cuando Chrysalis se sentó en un taburete a la izquierda.

—Buenos días —dijo.

Su voz era tranquila y tenía un acento ligeramente británico. Lucía una espiral de purpurina plateada en una mejilla y la carne transparente bajo ella parecía hacerla flotar como una nebulosa por encima de la blancura de su cráneo. Su barra de labios era de un brillo plateado y sus largas uñas centelleaban como dagas.

—¿Qué tal el negocio de las noticias, Jubal?

Le sonrió.

—¿Sabes el de la novia joker que tenía buenas y malas noticias para su marido? —Alrededor de la boca, las sombras grises y fantasmagóricas de los músculos retorcieron sus labios plateados en una sonrisa:

—Ahórramelo.

—Muy bien. —Sorbió su *planter's punch* con una pajita—. En el Club del Caos a esto le ponen sombrillitas. En el Club del Caos sirven las bebidas en cocos. —Paladeó su bebida—. ¿Sabes ese sitio, en Division, donde filman ese rollo *hardcore*? He oído que es una operación de Gambione.

—Menuda novedad… —dijo Chrysalis. Era hora de cerrar. Las luces se encendieron y Elmo empezó la ronda, apilando las sillas en las mesas y despertando a los clientes.

—Troll va a ser el nuevo jefe de seguridad de la clínica de Tachyon. Me lo dijo el mismo Doc.

—¿Discriminación positiva? —dijo Chrysalis secamente.

—En parte por eso y en parte porque mide casi tres metros, es verde y casi invulnerable. —Succionó ruidosamente lo que le quedaba de la bebida y removió el hielo picado con su pajita—. Un tío de la policía tiene una pista sobre el Jokers Wild.

—No lo encontrará —dijo Chrysalis—. Si lo hace, deseará no haberlo hecho.

—Si tuvieran algo de sentido común, se limitarían a preguntarte.

Propiedad de Scyla Editores

—No hay suficiente dinero en el presupuesto de la ciudad para pagar esa información —dijo Chrysalis—. ¿Qué más? Siempre te guardas lo mejor para el final.

—Son simples rumores —dijo girándose para mirarla—, pero he oído que Gimli vuelve a casa.

—¿Gimli? —Su voz sonaba indiferente pero los ojos azul profundo suspendidos en las cuencas de su cráneo le contemplaron con intensidad—. Qué interesante. ¿Detalles?

—De momento nada. Te iré informando.

—No dudo de ello. —Chrysalis tenía informadores por todo Jokertown. No obstante, Jube, la Morsa, era uno de los más fiables. Todo el mundo le conocía, a todo el mundo le gustaba y todo el mundo hablaba con él.

Fue el último cliente en dejar el Palacio de Cristal aquella noche. Cuando salió al exterior acababa de empezar a nevar. Resopló, se sujetó el sombrero con firmeza y bajó anadeando por Henry, tirando del carrito vacío. Un coche patrulla apareció y se puso a su lado mientras pasaba por debajo del puente de Manhattan; aminoró la marcha y bajó una ventana.

—Oye, Morsa —le llamó el policía negro que estaba al volante—. Está nevando, estúpido joker. Se te van a helar las pelotas.

—¿Pelotas? —gritó Jube—. ¿Quién dice que los jokers tienen pelotas? Me encanta este clima, Chaz. ¡Mira estas mejillas rosadas! —Se pellizcó una mejilla aceitosa, de negro azulado, y rió entre dientes.

Chaz suspiró y abrió la puerta trasera del vehículo blanquiazul.

—Entra. Te llevaré a casa.

Era una pensión de cinco plantas en Eldridge, a pocos minutos en coche. Jube dejó su carrito de la compra bajo las escaleras junto a los cubos de basura mientras abría el cerrojo de su apartamento, en el sótano. La única ventana estaba tapada por un enorme aparato de aire acondicionado viejo cuya carcasa oxidada había quedado cubierta por la ventisca de nieve.

Cuando encendió las luces, las bombillas rojas de quince vatios de la luminaria que tenía sobre la cabeza llenaron la estancia con una turbia penumbra escarlata. Hacía un frío que calaba hasta los huesos, apenas un poco más cálido que el de las calles de noviembre. Jube nunca encendía la calefacción. Una o dos veces al año un hombre de la compañía del gas se pasaba a realizar una inspección para asegurarse de que no había manipulado el medidor.

Bajo la ventana, unos trozos de carne verde pudriéndose cubrían una mesa de juego. Jube se despojó de su camisa para revelar un amplio pecho con seis pezones, cogió un vaso de hielo para picar y escogió el mejor bistec que encontró.

Había un colchón desnudo sobre el suelo del dormitorio y, en la esquina, su última adquisición: una flamante bañera de hidromasaje de porcelana, situada de cara a una enorme pantalla de proyección para la TV; aunque nunca

Propiedad de Ediciones Editores

se bañaba con agua caliente. Mientras se desvestía pensó en todas las cosas que había aprendido de los humanos en los últimos veintitrés años, pero no lograba entender cómo podía gustarles sumergirse en agua hirviendo. Hasta los taquisianos tenían más sentido común en ese aspecto.

Con el bistec en una mano, se metió cuidadosamente en el agua helada y encendió el televisor con el mando a distancia para ver las noticias que había grabado antes. Se embuchó la carne en la bocaza y empezó a masticarla cruda lentamente, mientras flotaba, absorbiendo cada palabra que Tom Brokaw tenía que decir. Era muy relajante pero, cuando terminó el boletín, supo que era hora de ponerse a trabajar.

Salió de la bañera, eructó y se secó vigorosamente con una toalla del Pato Donald. «Una hora, no más», pensó para sí mientras cruzaba con sigilo la habitación, dejando huellas húmedas en el suelo de madera. Estaba cansado pero tenía que hacer algo de faena o se le atrasaría aún más. Desde el fondo de su dormitorio, apretó con brusquedad una larga secuencia de números en el mando a distancia. La pared de ladrillo desnudo que había ante él pareció disolverse cuando pulsó el último dígito.

Entró en lo que antaño había sido la carbonera. La pared más alejada estaba dominada por un holocubo que hacía empequeñecer el proyector de TV. Una consola con forma de herradura envolvía una enorme silla ergonómica diseñada para la fisionomía única de Jube. A lo largo de la cámara había máquinas, el propósito de algunas habría sido obvio para cualquier estudiante de secundaria, mientras que otras habrían desconcertado al mismísimo doctor Tachyon.

La oficina era austera pero cumplía su función a la perfección. Jube se aposentó en la silla, encendió el alimentador de la célula de fusión y, de un estante que estaba junto a su codo, tomó una vara cristalina tan larga como el dedo rosáceo de un niño. Cuando la deslizó en la ranura apropiada de la consola, la grabadora se encendió en el interior y empezó a dictar sus últimas observaciones y conclusiones en un lenguaje que parecía una mezcla de música y cacofonía, con ladridos, silbidos, eructos y clics a partes iguales. Si el resto de sistemas de seguridad le fallaban alguna vez, su trabajo seguiría a salvo. Al fin y al cabo, no había ningún otro ser sentiente a menos de cuarenta años luz que hablara su lengua nativa.

♣ ♦ ♠ ♥

Propiedad de Scyla Editores